

UNICA ZÜRN

# Primavera sombría

Traducción de ALBA LACABA HERRERO  
revisada por RAQUEL VICEDO

Prólogo de LURDES MARTÍNEZ

## UNICA ZÜRN, GUARDIANA DE LA PUERTA

«YO, LA GRAN ENSIMISMADA, la que surca la materia espiral de un pensamiento, la que unge los espejos de rasguños, la que vivió una vida más alta, y murió una muerte más pura». Son los últimos versos de un poema de Unica Zürn, autosemblanza con tintineo de oráculo de la alucinada, abismada en las propias visiones.

Escritora de cuentos fantasmales y novelas introspectivas, críptica poeta de anagramas, dibujante de faunas oníricas y adscrita al surrealismo, Unica Zürn (Berlín, 1916-París, 1970), es autora de una obra de digestión difícil y poco conocida, pero, en ningún caso, desatendida. Expuso y publicó en vida con escasa repercusión, salvo en el círculo surrealista, que la celebró, empezando a ser valorada por sus novelas *Primavera sombría* y *El hombre jazmín*, esta última considerada por Michel Leiris el libro más importante publicado en 1971. La obra completa, que comprende ocho tomos,

es accesible en Alemania desde 1988, donde, además, pudieron verse sus dibujos en la gran retrospectiva de la Neue Gesellschaft berlinesa. En suelo francés, aparte de las novelas citadas, se encuentran disponibles los últimos escritos, a cargo de Joëlle Losfeld (*Vacances à Maison Blanche. Derniers écrits et autres inédits*), y en nuestro país sus cuentos y novelas, gracias a Seix Barral y a Siruela y, ahora, a Pepitas. Por último, numerosos estudios se han aproximado a Zürn desde el feminismo, el arte bruto o la psicopatología.

Inevitable, y necesario, es asociar a Zürn con Hans Bellmer (Katowice, 1902-París, 1975) —escritor, pintor, escultor y fotógrafo surrealista con quien mantuvo una tormentosa relación— y con la locura, sin que su trayectoria se vea mermada o enclaustrada por estas circunstancias. De innegable transcendencia, abren, por el contrario, la vida de Zürn a las infinitas posibilidades de la imaginación y la creatividad, como ella misma reconoció en sus escritos. Inmerecido es establecer entre Bellmer y la enfermedad mental de Zürn una causalidad que abandona a la autora en la cuneta del victimismo y escamotea el abigarramiento de una vida signada por la excepcionalidad.

Una vida que sostiene su niñez («la infancia es la felicidad de mi vida», escribe en uno de sus anagramas) en la casa familiar de Berlín, paraíso infantil habitado

por el magnetismo, a menudo ausente, del padre, oficial de caballería, escritor y viajero impenitente, espacio encantado de «atmósfera baudeleriana y amueblamiento exótico» (J. P. Clébert), cuya pérdida, subastada la vivienda tras la separación de los padres, arrebatados los fetiches con que creció la niña Unica, exaltará de por vida la fantasía y el impulso creador de la adulta Zürn.

Una vida que padece su juventud, iniciada cuando la situación familiar la obliga a abandonar los estudios y trabajar. Entre 1933 —año del ascenso de Hitler al poder— y la caída del Tercer Reich, Zürn ingresa en la productora cinematográfica UFA como archivista y escritora de guiones publicitarios, colabora como voluntaria para el Deutscher Frauenarbeitsdienst (servicio laboral femenino) y, tras el fallecimiento del padre, afiliado al NSDAP desde 1932, frecuenta, por mediación del nuevo marido de su madre y alto dignatario del Reich, Heinrich Doehle, los círculos del partido nazi, donde conoce al que será su primer marido, Erich Laupenmuhlen, ejecutivo de Leitz-Cameras, embarcándose en una vida matrimonial de ama de casa que le reportará sus dos hijos. «Mi juventud es la desgracia de mi vida», escribirá más adelante en otro de sus anagramas, sentencia tal vez cargada de culpa por una implicación con el nazismo que, en el caso de Zürn, excede la aceptación pasiva de la «mayoría silenciosa»,

Primavera sombría

Su padre es el primer hombre que conoce: voz grave, cejas pobladas y magníficamente arqueadas sobre unos alegres ojos negros. Su barba pincha cuando besa. Huele a tabaco, a cuero y a agua de Colonia. Sus botas chirrían, tiene la voz sombría y cálida. Su ternura es tempestuosa y extraña a partes iguales. Juguetea con esa cosita que hay en la cuna. La pequeña supo que lo quería en cuanto lo vio. Cuando nació, él acababa de volver de la guerra. La primera impresión que tuvo ella al verlo fue profunda e inolvidable. Lo prefiere a todas esas mujeres que suele haber a su alrededor. Su olor, su fortaleza, sus grandes manos, su voz grave...

Pero pronto, al hacerse mayor, con una mezcla de dolor y sorpresa, se percata de que él apenas está en casa. Lo echa de menos. Es caro de ver y cuando uno es caro de ver, se le echa de menos.

Cuando vuelven a encontrarse tras una larga ausencia, él le besa la mano como si fuera una gran dama.

Ella se siente profundamente atraída por él. Cada dos por tres, él se va de casa inquieto y vuelve meses después, feliz y bronceado.

Ella no sabe con quién pasa el tiempo. Todo aquel que esté envuelto en un halo de misterio ejerce una atracción irresistible. Eso es lo primero que aprende en la vida. Él lleva a casa a sus amigos, que la llaman «princesa». Ella confía en todo lo que emana de los hombres. La lanzan al aire y, antes de que caiga fatalmente, la atrapan entre sus brazos. Los hombres, a sus ojos, se convierten en grandes hechiceros, en entes que pueden lograr cualquier cosa, incluso la más increíble. Cuando tiene dos años, escucha su primera canción. La guerra está llegando a su fin. La llevan en el cochecito por la calle y pasa junto a una terraza donde hay muchos soldados de gris armados, sentados bajo el soportal.

Esos hombres cantan una antigua canción militar, que suena aún más triste y trágica por culpa del día lluvioso y gris: «Diez mil hombres salieron de maniobras, tirori tirori, salieron de maniobras, tiro-ri...».

La doncella que la lleva deja el cochecito a un lado, se sienta en un murete del parque y empieza a llorar. Entonces la niña empieza a berrear por su padre, como si la vida de él corriera peligro. La pequeña presiente que algo horrible está a punto de ocurrirle.

Pero termina la guerra y su padre regresa. Con el semblante serio y enflaquecido, se sienta a su escritorio, una mesa enorme repleta de papeles. Una lámpara con una pantalla verde ilumina su rostro, hermoso y triste. Parece que esté enfermo. Ella no sabe que estuvo a punto de morir de tifus justo cuando ella se puso a berrear.

Se sienta entre las sombras bajo el escritorio de su padre y acaricia sus zapatos relucientes. Lo observa, como hace con todos los de la casa. En ella hay otros hombres y otras mujeres, que se ocupan de tareas distintas. Cuando se va a dormir, observa tumbada en la cama los travesaños de la ventana. La cruz que forman le recuerda a un hombre y a una mujer: la línea vertical es el hombre y la horizontal, la mujer. El punto en el que ambas líneas se cruzan es un misterio. (Ella no sabe nada del amor). Los hombres llevan pantalones y las mujeres, falda. Observa a su hermano y así averigua qué es lo que esconden los hombres debajo de los pantalones. Eso que ve entre las piernas de su hermano, cuando se desnuda, le recuerda a una llave y ella tiene la cerradura debajo de la falda. Como todos los niños, descubre el propósito de ambos órganos sexuales. Sola, a escondidas, busca en la biblioteca de su padre estampas que la ayuden. Encuentra la enciclopedia y descu-

bre unas figuras desnudas que se parecen a ella y a su hermano.

Comienza un largo período dominado por la idea del cuerpo masculino, que se convierte en una auténtica obsesión. Su padre, a quien la niña observa con indiscreción mientras se viste, sospecha su intención de descubrir lo prohibido y, avergonzado, se tapa su sexo. Pero ella siente una curiosidad terrible. Una larga mañana de domingo la niña se acerca a la cama de su madre y se asusta ante aquel cuerpo voluminoso que ha perdido toda su belleza. La mujer, disgustada, se burla de la pequeña y deja asomar por la boca abierta y húmeda una lengua desnuda y larga. Larga como eso que su hermano esconde debajo de los pantalones. Se aleja de allí horrorizada y muy dolida. Nace en ella una intensa e insalvable aversión hacia la madre y hacia la mujer. Aún no sabe que el matrimonio de sus padres es un fracaso. De todas formas, lo sospecha el día en que el padre lleva a casa a una dama desconocida, hermosa y elegante, que le regala una muñeca grande y cara. La niña, sedienta de venganza y desesperada por la situación tan triste que reina en su casa, coge un cuchillo y le arranca los ojos a la muñeca, abriéndole después el vientre a fuerza de desgarrarle el costoso vestido. Ningún adulto menciona aquel destrozo. Ella observa cómo su padre se desvive por aquella hermosa dama,

completamente ajeno a su presencia. Se siente profundamente sola y comienza a odiar el mundo de los adultos. Entonces aparece el marido de la dama (un rubio escandinavo portentoso) y, como siempre, su madre centra toda su atención en él. Ahora en casa hay dos parejas que no ocultan sus relaciones. Para quitarse a la niña de encima, la madre la manda a la habitación después de comer. A la pequeña le resulta imposible dormir en aquella habitación sombría. Piensa en algo que pueda complementarla. Se lleva a la cama todos los objetos largos y rígidos que encuentra en la habitación y se los mete entre las piernas: unas tijeras frías y relucientes, una regla, un peine y el mango de un cepillo. Observa la cruz de la ventana mientras busca un complemento masculino para sí misma: cabalga sobre el frío cabecero de metal de la cama, se quita la cadencia de oro del cuello y se la restriega entre las piernas, se toca con frenesí hasta lastimarse. Después, se levanta con sigilo y desliza lentamente su cuerpo desnudo por la barandilla de las escaleras. En sueños, conoce por primera vez la lujuria y, desde ese momento, tiene la capacidad de volver a sentirla siempre que lo desea.

Una mañana se despierta y recuerda que durante la noche ha vivido algo estremecedor. Pero jugar con su cuerpo la deja completamente exhausta, hace que se le disparen las pulsaciones y que apenas pueda res-